







# **Bertrán e hijos**

## **Leda Lunchi**



## **Vesna Editanda**

©Gloria Roset Arissó

©Bertrán e hijos

ISBN papel 978-84-686-0594-4

ISBN ebook 978-84-686-0595-1

Impreso en España

Editado por Bubok Publishing S.L.



*A Ledna Aral*



# I

Lo primero que hizo Bertrán al levantarse fue mirar debajo de las tres baldosas del salón que estaban sueltas. Evidentemente, no vio a nadie debajo. “Hay que seguir esperando”, musitó entre dientes. “Hay que seguir esperando.”

A continuación Bertrán se lavó como un gato –las malditas restricciones-, dudó un instante –el maldito desempleo-, y seguidamente se vistió lo más decentemente que supo y pudo, cogió una bolsa de arpillera, y salió a la calle.

Lo primero, el mercado, se dijo. Lo primero, comer. Y más aún ahora que no está de moda, añadió para sí. De modo que Bertrán se saltó los controles de seguridad, se escabulló entre

la muchedumbre, y cogió el metro en dirección a Les Halles.

Lo primero que hizo Bertrán al llegar al mercado fue iniciar su circuito habitual en zigzag por todas las paradas. De pescado nada, lleva mercurio, se dijo Bertrán. De carne, nada, le vuelve loco a uno, reflexionó luego. La charcutería es para los ricos, se sonrió. Y la verdura no me apetece, aún hace demasiado calor. De modo que Bertrán, al final de su tercer circuito en zigzag en el que constató con alivio que sólo había chocado con cuatro hombres de mediana edad, esqueléticos y con cara de anorexia latente, se detuvo ante la única parada de fruta de temporada que aún quedaba en Les Halles.

“Fruta de temporada”, vociferaba Franz, un tendero prototípico. “Fruta de temporada: uvas y melones, nísperos y fresas, manzanas y albaricoques”, seguía gritando Franz sin mirarle. Bertrán le hizo un gesto exagerado, como siempre, y Franz le llenó una bolsa con tres kilos de limones. “Por hoy, eso es todo”,

le dijo Bertrán entonces. “Anótamelo a cuenta de El Cuervo”, le susurró, sonriendo, mientras esperaba la vuelta.

## II

Bertrán se sentó. Se sentó sin querer detener la mirada en las tres baldosas sueltas del salón. Encendió un habano, ladeó la cabeza esperando el preludio, y cerró los ojos. Durante las siguientes tres horas de su vida, Bertrán se dedicó a escuchar a Chopin en una mala grabación mientras intentaba no pensar en nada en absoluto.

“El recuento de las teclas no cuadra”, se dijo al cabo de las tres horas. No eran las notas ni la velocidad del intérprete lo que le incomodaba. Simplemente que el recuento de las teclas no cuadraba. “No se puede pasar de un bemol a otro sin saltar por lo menos dos blancas”, se dijo Bertrán, agobiado.

Durante las siguientes tres horas, siguientes a las tres anteriores, Bertrán intentó en vano cuadrar las cuentas de las teclas de Chopin.

Pero no lo consiguió. “Mañana sigo”, se dijo  
Bertrán al fin. “De veras, mañana sigo.”

### III

Bertrán se levantó con aire fresco. La brisa, la brisa que llegaba, quién sabe, quizá del mar. “Mar mar”, se dijo. “Ahora caigo, Hoy es jueves y tengo que llamar a Mar para resolver ese asunto tan espinoso”.

Y Bertrán salió a la calle y llamó a Mar desde una cabina. “Hoy no puedo”, le dijo Mar. “Y además no tengo el género”, apostilló, con sorna. Bertrán comprobó los minutos en el visor. “Dos minutos treinta y un segundos para no resolver nada”, se dijo. “Y además, treinta y uno ni siquiera es múltiplo de nada”, concluyó para sí. “Otra mañana perdida”, suspiró, y subió al departamento sintiendo que la tristeza de sus calcetines agujereados se le alojaba en la vesícula.

Afortunadamente, la micción era correcta. “Siempre es correcta”, se dijo unos instantes más tarde. Y volvió a reunirse con Chopin.

#### IV

Bertrán vio al perro del vecino haciendo sus necesidades en el primer peldaño de la escalera. El perro volvió la cabeza para mirarle y Bertrán descubrió en su mirada un signo. En esos momentos no le preocupó ni el hedor que desprendían las heces del perro, ni su consistencia desproporcionadamente untuosa. Lo único que le preocupó de veras fue ser capaz de salvar el obstáculo. “Un escalón de treinta y un centímetros, y mi rodilla izquierda tan débil”, se dijo Bertrán. Y por si fuera poco sólo disponía de unos cuantos segundos para verificarlo.

Bertrán entró en su departamento sin resuello. Corrió a levantar las tres baldosas sueltas del salón en sentido directo e inverso,

para darle tiempo al tiempo, o a dios. Pero,  
una vez más, debajo, aún no había nadie.

Bertrán sacudió la cabeza. “¿Es eso lo único que puedes contarme, Bastian?”, le preguntó a su barman preferido. “Tus whiskis siempre me salen demasiado caros”, pensó, sin molestarse siquiera a decirlo en voz alta. “Tus whiskis siempre siempre, me salen demasiado caros. Y además, la semana pasada los limones estaban demasiado blandos”, recitó, como si cantara. Bastian le dio una palmadita en el hombro derecho –el maldito hombro derecho. Y sin apenas despegar los labios, le dijo: “Ya sabes, los limones vienen de muy lejos”. Tras lo cual, Bastian se carcajeó a gusto mientras esperaba que Linda le añadiera dos cubitos de hielo a su vaso de whisky desgasado.

Eran las dos de la tarde. Bastian acababa de cerrar. Linda acababa de abrir. Bertrán acababa de levantarse.

“Tuve una pesadilla”, dijo Bertrán entonces, sin mirar a Linda. Linda desvió la mirada. Bastian encendió un habano. El bar se estaba llenando por momentos. Bertrán suspiró, como si tosiera, dejó algo así como un billete y medio, y salió a la calle.

Bastian no le siguió, Linda no se despidió. Pero El Tuerto le pidió una limosna, por caridad.

## VI

Bertrán no quería a Bastian. Tampoco quería necesariamente a Linda. Tampoco al vecino, puestos a distribuir afectos. Pero por lo menos ellos estaban ahí, y la rodilla le seguía doliendo igual que el pasado mayo, pensó, mientras rebuscaba en el cajón de la cómoda un par de calcetines que no contuvieran un agujero más.

## VIII

Bertrán levantó la mano derecha extendiéndola lo más que pudo. Todo el mundo repetía ese mismo gesto, pero con la mano izquierda. Bertrán no quería perderse, pero tampoco quería repetir.

La explanada era amplia. Hacía bastante sol. Los restos de un césped quemado perfilaban el evento. Encima del escenario, una mujer ataviada con una túnica hasta los pies bailaba acompañada por dos hombres muy erguidos con sendos tambores entre las rodillas. Algunas frases de mala megafonía se solapaban con el batir de los tambores.

Bertrán no sabía exactamente qué hacía allí. Tampoco vio a Mercedes. Pero Mercedes sí le vio, aunque se mantuvo a cierta distancia. Entonces Bertrán levantó la mano izquierda extendida, como si quisiera tocar ese sol que,

por una vez, no desfallecía, y susurró: “Aún hay tiempo. Aún hay tiempo”.

## IX

Bertrán no quería cerrar los ojos. “Las baldosas son traicioneras”, se decía. “Las baldosas son traicioneras”. Pero ya llevaba así desde principios de semana, y por más que no quisiera, los ojos se le cerraban.

“Repetiré mi nombre”, se dijo. “Repetiré mi nombre hasta que amanezca.” Pero no podía recordar cuál de sus distintos nombres debía repetir, si el paterno, el materno o el del bautizo.

Al fin, cuando despuntaba el alba, Bertrán cerró los ojos, aceptando que las tres baldosas del salón eran, por enésima vez, más traicioneras de lo que nunca habría podido imaginar.

Y además, Chopin no le quitaba el sueño.

## X

“Adentrarse en alguna parte, no debajo las baldosas”, se dijo Bertrán. “Adentrarse siempre requiere cruzar un espacio: un túnel, una cavidad, un tránsito expiatorio”.

Bertrán suspiró. Le dolía la cabeza. No había dormido bien. Le dolía la cabeza porque no había dormido bien. No había dormido bien porque la cabeza no se le detenía. Había almacenado demasiadas palabras, demasiadas voces. “Algunas voces son como chirridos de gaviota”, se dijo Bertrán, “le taladran a uno los sesos hasta dar con su tuétano desprevenido”.

## XI

“Piensa, Bertrán”, pensó Bertrán. “Piénsalo todo. Totalmente todo. No sólo la mitad, o una parte, o un ápice. Debes pensarlo totalmente todo hasta que se te sequen las neuronas y debas tenderlas como mazorcas al sol, sostenidas por sendas pinzas de colores. [...]

Eso no, Bertrán. Eso no es pensamiento, ni pensamiento útil. Empieza de nuevo. Piensa, Bertrán, piensa. Piénsalo todo en conjunto, de cabo a rabo, de principio a fin. Rodea el pensamiento con una red, átaló, échale un lazo, ponle un señuelo.[...]

No, ese pensamiento tampoco es productivo. No te lleva a ningún sitio. A ningún sitio, Bertrán. A ningún sitio. Vuelve a empezar.”

De fondo, seguía sonando Chopin. Esta vez, las notas caían hasta el piso de abajo, se filtraban por las rendijas de las baldosas, se escurrían como agua de chaparrón.

“Chopin tampoco quería pensar”, se dijo Bertrán. Y detuvo la música.

## XII

“¿Quién es Laslo Covax?”, pensó Bertrán bajo la ducha. “¿Y qué quiere de mí?”

A Bertrán nunca le habían gustado los acertijos porque, como los percebeiros, siempre terminaban estrellándose contra las rocas de los cerebros reblandecidos antes de degustar el manjar de los dioses.

“¿Quién es Laslo Covax?”, se preguntó Bertrán de nuevo, antes de cerrar el grifo del agua fría y envolverse en un albornoz deshilachado.

Todavía le quedaba espuma en la cabeza.

## XIII

Bertrán no cae en que el café que acaba de traerle Linda no es para él, sino para la Cynthia, la pescadera, que está haciendo su receso de media mañana entre langostino y lenguado. Y justo cuando se lo está llevando a los labios, con los ojos entornados, se le llena la nariz de salitre y nota un dedo con olor a pescado posándosele en la mejilla.

## XIV

“Esta vez sí, tengo de decirlo todo”, le dijo Bertrán a Hugo entre sorbo y sorbo. Y Hugo le interrumpió. “Como yo”, le dijo Hugo. Y ante el silencio de Bertrán prosiguió. “Como yo. Me pongo unos auriculares, miro todas las espaldas erguidas de los asistentes intentando distinguir, a lo lejos, el rostro borroso de los conferenciantes. Y luego empiezo a hablar.

“Debo decirlo todo, totalmente todo. No con el pensamiento, ni siquiera necesariamente en mi propia lengua. Yo les presto la voz, y los conferenciantes hablan como descosidos. Y yo mantengo la cabeza fría para que mi chorro de voz no se detenga y voy diciéndolo todo, durante horas. Todo sobre temas que desconozco, como un oráculo.

“A menudo incluso me desconozco a mí mismo. Pero aun así sigo hablando, diciéndolo todo sobre el universo. Yo creo que al cabo de los años lo he dicho casi todo. Es decir, no. Porque en realidad yo no digo

nada. Sólo repito. Yo sólo filtro, como un colador o un émbolo. A veces incluso como una cinta transportadora. Voy colocando palabras en retahíla, voy modulando la voz según los gestos de mi público.

“Porque aunque quizá debería decir lo contrario, lo cierto es que detesto que la gente se duerma escuchándome. Lo cual, desgraciadamente, sucede demasiado a menudo. Así, aunque yo lo digo todo, el público nunca me escucha íntegramente. Y ahí reside la paradoja de mi oficio: soy un oráculo castrado.”

## XV

Hoy, Bertrán ha invitado a Hugo a otro café. El de ayer, con todo lo que quería decirle, se le quedó a medias. Hoy, Bertrán, no tenía nada que decir a nadie. Ni siquiera quería oírse su propia voz. De modo que esta mañana, tras levantarse, bajó directamente al bar, a ver si encontraba alguien que le contara algo interesante.

A diferencia de ayer, hoy Hugo sí dijo algo interesante.

“Ayer no te lo dije todo”, empezó Hugo, tras un primer sorbo. “Es decir, todo sobre la paradoja. Porque lo cierto es que mi máxima paradoja no es ser un oráculo castrado, como te dije ayer, sino más bien un ser sin identidad. Porque cuando ayer te dije que hablo pero no digo nada no me refería a que nunca hablo sobre mí mismo o desde mí

mismo, sino a que sólo hablo por boca de otros. Y lo curioso es que ni siquiera me inmutó. Hasta el punto de que, por lo general, siempre termino hablando de mí sin presentarme. Porque al final siempre termino diciendo: “Señoras y señores, quisiera agradecerles a todos su asistencia a este exitoso congreso. Y también a los intérpretes por su labor, especialmente a Hugo, que con su buen hacer ha contribuido a que pudiéramos entendernos sin perder una sola palabra.”

Y tras la palabra palabra, Hugo se ha quedado mudo unos instantes, mientras Bertrán hacía como que rebuscaba en su bolsillo unas monedas para pagar el café, tragándose con dificultad un par de lágrimas.

## XVI

Aquí, el qi no funciona, se dijo Bertrán, cerrando el periódico. Por eso han tenido que inventarse el quo, para sintetizar el principio de quién soy y adónde voy. Por eso representan al quo como el eje vertical del yo atravesado por curvas y meandros que simbolizan los vaivenes y las dudas. Y aunque yo no acabe de entender ni qi ni quo, siempre me queda algo en qué pensar.



**IDEOGRAMA DEL QUO**

## XVII

Bertrán se lleva el meñique al oído. En ocasiones como ésta le produce un placer inaudito sacudirse el oído interno, desatascarlo con un efecto ventosa que, algunas veces, le desata en el estómago el mismo vórtice rojo que el que prefigura un orgasmo.

Es cierto que hoy no ha oído bien, y que por la mañana olvidó limpiarse los oídos con bastoncillos limpios. Pero no lo es menos que, a esas horas del día, Chopin le cansa ya un poco y Hugo le tiene agotado.

Así que mientras cambia de meñique y de oído, pone unos conciertos de flauta del maestro Bach.

## XVIII

Desde que se orgasmeó los oídos, Bertrán ha oído a Bach durante diez días seguidos y a todas horas. No ha visto a Hugo, ni a Bastian, ni a Mercedes, ni a Linda. Tampoco ha visto a su propia persona, ni por dentro ni por fuera. Porque lo cierto es que durante esos diez días, Bertrán ha rehuido sistemáticamente el espejo. Lo cual no ha sido óbice para que supiera perfectamente que llevaba un morado en medio de la mejilla derecha.

## XIX

Bertrán se hurga la nariz porque le escuece. El día es seco. Sequísimo, diría Ronald. Por eso Bertrán se hurga la nariz. Y en el momento en que nota cierta resistencia, como de costra dura, le viene a la mente un día de verano –*a foggy day in London town*–, le canturrea Linda al oído. Y Bertrán, en un sobresalto, se saca el dedo de la nariz y mira a su alrededor con ojos de hormiga añeja. Pero no hay nadie. “Nunca hay nadie”, se dice Bertrán, “nunca hay nadie”. Y con el dorso de la mano se enjuga un exceso de colirio.

## XX

Bertrán es del siglo XX pero no lo parece. No es que parezca mayor o más joven. No se trata de una mera cuestión de apariencia cronológica. Lo que sucede es que a Bertrán no le gustan las cifras romanas ni la palabra siglo, que siempre le trae a la mente una cantinela terrorífica. “*In saecula saeculorum*”, oye siempre Bertrán cuando le mientan el tiempo. Por eso siempre dice que no es de este tiempo, o ciclo, o equis. Y es de suponer que por eso mismo los que le oyen le despojan de toda apariencia cronológicamente plausible.

## XXI

Esta mañana, al cerrar los ojos, Bertrán ha visto un monstruo. Cuando los ha abierto, el monstruo había desaparecido. Y al cerrarlos de nuevo, se le ha vuelto a aparecer. Era un monstruo algo sucio, barriento, pegajoso. Un monstruo con la palabra “verdad” tatuada en la frente.

Bertrán no quería mirarlo, claro. Pero tampoco quería abrir los ojos y dejar al monstruo pegado en sus párpados internos como una sanguijuela. De modo que se ha sujetado los párpados, primero uno y luego el otro, y les ha echado un chorrito de vodka. Ronald siempre dice que el vodka es el remedio perfecto para todos los males.

## XXII

Bertrán se acordó de repente de las palabras exactas. Caía el sol. Le había llenado la piel. La bruma emborronaba el contorno de los cerros. Cerros y cerros hasta el infinito. El sol caía. A lo lejos sonaba Chopin. Y Bertrán se acordó de las palabras del génesis: “Y dijo Jehová Dios: no es bueno que el hombre esté solo.”

Bertrán cerró los ojos un momento, como si suspirara. Y en ese momento Chopin tocó la tecla cuarenta y seis.

## XXIII

“¿Cuántas personas cabrían bajo las baldosas?”, se preguntó Bertrán, como un ser moribundo, desahuciado y aquejado de un súbito ataque de esperanza.

Encima de la mesa yacía un ramo de flores marchito.

“¿Cuántas, cuántas personas?”, volvió a preguntarse Bertrán rehuendo la mirada de las flores.

La tapa del piano también estaba marchita, al igual que la fachada de la cómoda.

“¿Cuántas, cuántas personas?”, se preguntó Bertrán por tercera vez, mientras se ponía la gabardina.

Fuera, se oía el griterío de las madres dejando a sus niños en la escuela.

Cuando Bertrán salió dando un portazo, aún no había logrado dar con una cifra verosímil.

## XXIII

“Un perro que ladra no es un perro”, le dijo Bastian esa mañana. Pero Bertrán llevaba un cansancio suficiente y no le apeteció responderle.

Recorrió varias calles mirando las baldosas, como si buscara algún eslabón perdido, alguna información encriptada. “Los espías también dejan información en las baldosas de las ciudades”, se dijo Bertrán. Y en ese momento se le escapó una sonrisa. Si el tema de las baldosas exigía investigación, y no intuición, quizá lograra dar con la respuesta correcta, pensó.

Pero también ese día había pensado suficiente. Y volvió donde Bastian y se tomó una copa mientras escrutaba el ir y venir de Linda tras la barra.

Luego cayó la noche. Cayó fuera, mientras Bertrán daba por terminada la última copa sin Chopin, como si le pesara.

## XXIV

Por la tarde, Bertrán observó que Linda tenía los ojos excesivamente brillantes. Y luego oyó que le decía a Conrado: “Algunos muertos son pérfidamente perversos.”

Bertrán no osó preguntar. Bastante le pesaba ya la mirada de Conrado. Bastante le pesaba su silencio. Lo mejor era dejar pasar la tarde como el día anterior, entre las baldosas y el sudor de los transeúntes.

“Los transeúntes también sudan”, pensó Bertrán mientras andaba. “Y afortunadamente aún no están muertos”.

Bertrán ya no cree en las musarañas. Hoy ha dejado definitivamente de creer en ellas. Desde la infancia no había podido librarse del acoso de su madre ni de su reproche acusador sobre su manía de dedicarse únicamente a mirar las musarañas. Y aunque, en efecto, desde el primer día en que se lo dijo, allá por sus tres años, Bertrán se había dedicado en cuerpo y alma a escrutar el vacío a la espera de divisar alguna musaraña, ahora, entrada ya la madurez, hoy, en este día de sol cansino en el que, recién levantarse, tropezó con una taza de café frío que le esperaba estoicamente a los pies de la cama, Bertrán decidió dejar de creer en las musarañas y poner todo su empeño en buscar cualquier otra quimera posible en la que malgastar el tiempo.

## XXVI

Hoy Bertrán ha estornudado tres veces, exactamente una cada ocho horas. Se ha dado cuenta porque el día ha sido tedioso e insulso, y porque en un día de esa índole un simple estornudo se convierte en un acontecimiento espectacular. Lo bueno de esos tres estornudos es que le han permitido a Bertrán ratificar una de sus más profundas creencias, esto es, que los médicos son tan superfluos como los medicamentos, porque para curarse un resfriado vale lo mismo un antibiótico cada ocho horas que tres estornudos en veinticuatro.

## XXVII

La infancia de Bertrán nunca fue de mucha altura. ¿Qué altura? ¿Unos diez o veinte centímetros menos que la mayoría de sus compañeros de curso, quizá? “Soy mucho más alta que tú”, solía decirle Delia, la más bajita de la clase. Y Bertrán le sonreía enseñándole los dientes y le respondía “Ya, pero a ti los pantalones siempre te están cortos”. De modo que la infancia de Bertrán siempre estuvo a la altura de las circunstancias, o por lo menos, a la propia altura de Bertrán, lo cual no es nada desdeñable. Quizá fue por eso por lo que dedicó tanto tiempo a escrutar el vacío en busca de musarañas. Para elevarse un poco.

## XXVIII

Bertrán ha intentado aprender a retener la respiración. Lo ha intentado porque le traicionan los nervios cuando ve que Dina o Bastian le preguntan en qué anda. Sólo oír esta frase, Bertrán se sonroja de pies a cabeza y no atina ni siquiera a responder “Va”.

Hace un tiempo se habría dedicado a indagar en los recovecos de su memoria en busca de una razón plausible que le permitiera entender por qué el verbo andar le produce esta reacción alérgica. Pero ahora, Bertrán no se pregunta nada, o no busca en los recovecos de su memoria. Prefiere probar con métodos alternativos. Y según Ronald, retener la respiración es un sistema infalible para lograr un total y absoluto control de la mente.

El caso es que Bertrán tampoco desea controlar su mente total y absolutamente. Lo

que no quiere es hacer el ridículo. Pero evitar eso le ha llevado toda la vida sin resultados aparentes. De modo que, por de pronto, ha decidido intentar no respirar.

Cuando, tras ese pensamiento, Bertrán expira todo el aire que llevaba reteniendo durante apenas veinte segundos, se da cuenta de que el impromptu en do menor de Chopin se ha quedado encallado en la tecla cuarenta y tres.

## XXIX

Bertrán ya no se pregunta, como antes, por qué le llaman por ese nombre, por qué con un nombre que no es exactamente el suyo y que justamente empieza por la segunda letra del alfabeto. A Bertrán el alfabeto le trae sin cuidado. Pero las cifras no. Y el caso es que la letra be es la segunda del alfabeto. No la cuarta, ni la novena ni la vigésimotercera. Y a Bertrán, puestos a elegir, le gustan los números tres, treinta y tres y cincuenta y seis. Pero el dos no puede ni verlo.

## XXX

A Bertrán se le han podrido los zapatos y ha estado llorando un poco. El llanto, fresco y bailón, le ha pillado de repente, probablemente agolpado tras algunos meses de contención. Algo así como los monzones.

Bertrán sabe perfectamente que el llanto y los zapatos tienen poco que ver. Pero esta mañana, cuando ha visto que se le habían podrido los zapatos, no ha podido evitar ser presa de un llanto sincopado, como el de un niño dolido por el robo de una bolsa de canicas. Y tras sonarse ha concluido que, por de pronto, el tema del lagrimeo ya había superado todos los excesos. Lo más probable es que tarde otros tantos meses en volver a llorar.

## XXXI

“Dilema en tres actos”, le dice Bertrán al espejo. Lleva los pelos de punta, como cada mañana al levantarse, y le escuecen los sobacos. “Dilema en tres actos”, repite.

Bosteza brevemente, como por cortesía. Y luego se acerca al equipo, cambia a Chopin por Satie y vuelve a rascarse los sobacos.

“Dilema en tres actos”, recuerda entonces. “El verano abrasa. La vela no vuela. La cera no encera. Entonces, ¿cuál es la respuesta?”, se dice, con un compungimiento de ratón oprimiéndole los pulmones.

Luego, con la palma de la mano diluye el velo del vaho que ha cubierto el espejo.

Antes, Bertrán se ha duchado con agua caliente, se ha puesto el albornoz limpio y se ha domesticado los pelos, que ahora yacen planos, contorneándole el cráneo.

“Ah, sí, me reconozco”, dice al fin Bertrán en voz alta, esbozando una sonrisa de parálisis facial. “Ah, sí, me reconozco.”

## XXXII

Bertrán desconoce el peso de las cosas. No de todas, claro. Pero sí de éstas que todo el mundo tiende a pesar, como el éxito, la potencia sexual o las zanahorias.

### XXXIII

Bertrán piensa “la vida dirá”. Y luego se le ocurre que ese pensamiento no es suficientemente concreto, que la vida puede ir pasando día tras día sin decirle absolutamente nada, o por lo menos nada que Bertrán pueda oír o escuchar.

En efecto. Puede suceder que un día, la vida finalmente le diga a Bertrán algo que nunca ha querido oír. Como si en el fondo uno siempre fuera viviendo a la espera de unas palabras mágicas que pudieran redimirle definitivamente hasta el día en que, tras oírlas, se da cuenta de que esas mismas palabras se las había dicho a sí mismo hace ya mucho tiempo, casi en el mismo momento –o siquiera un poco antes- en que se le cruzó por la mente una frase brillante como “la vida dirá.”

## XXXIV

A Bertrán le preocupa enormemente que le huelan los pies. En verano es fácil: puede resolverlo sin grandes dificultades disciplinándose a tomar baños marinos un día sí y otro no. Pero en invierno, y a pesar de que si lleva los calcetines algo agujereados parece que el olor no es tan fuerte, el hedor de sus propios pies le inunda las vegetaciones, especialmente con ocasión de alguna cita de compromiso.

Esta mañana, tras saludar a Linda, Ronald se le ha acercado, cruzando todo el bar, y le ha espetado sin mediar saludo: “Ya he encontrado la solución a tus problemas, Bertrán. Machacas en un almez cuatro ajos con unas rodajas de calabacín verde, te untas el unguento resultante en los pies, te lo dejas toda la noche. Y al día siguiente te garantizo que hueles a rosas y que ni siquiera los perros se te acercan.”

Bertrán se lo ha agradecido profundamente invitándole a una copa. Pero luego, al llegar a casa, después de oír por tercera vez el último impromptu de Chopin, le ha dado un ataque de rabia. ¿O es que no sabe Ronald, a estas alturas, que el calabacín mancha indeleblemente el gres?

“No les puedo hacer esto”, se ha dicho Bertrán, lanzando una mirada tierna a las tres baldosas sueltas del salón al tiempo que encendía el último habano del mes. “No sería justo.”

Bertrán se sostiene la mejilla derecha con la palma de la mano derecha e intenta escuchar a Víctor. Pero hoy, Víctor le aburre. Y Bertrán se aleja, como si durmiera, y en la mente, sin saber por qué, se le aparece la imagen de una mujer joven montada en una bicicleta oxidada que pedalea a través de incontables campos de boj púrpura. Y Bertrán se sacude el pensamiento y la cabeza y oye a Víctor preguntarle: “¿En qué estabas pensando?”. Y Bertrán, en ese mismo momento, sin dudar, le responde: “En lo grande que es el mundo y en lo poco que nos damos cuenta.” Pero para entonces Víctor ya no tiene nada más que añadir. Y Bertrán pide la cuenta sin dejar de pensar en sus tres baldosas desencajadas.

## XXXVI

Ya sabe Bertrán que nunca le llaman por el mismo nombre. Bertrán ya sabe que no todos conocen su nombre verdadero. Por eso, a veces entrecierra los ojos, e intenta verse como si le mirara otra persona, Hugo o Ingrid. Incluso Víctor. Quizá es porque le gustaría que le miraran así, de repente, susurrando su nombre.

Bertrán ensueña. Y en su ensueño le entran ganas de bostezar y orinar a un tiempo. Y entonces hace ambas cosas y se recuesta, sin cerrar aún los ojos, sin cerrarlos.

Y en la penumbra aún distingue la silueta de una mujer alargada como sombra de mediodía, montada en una bicicleta. “Es la mujer lobo”, le susurra entonces a Bertrán su propio espectro ensoñador. Y luego cae en un sueño profundo y ni siquiera sueña.

## XXXVII

Bertrán duda entre taparse un ojo o dejar que la vista se le pierda definitivamente a lo lejos, aunque se le crucen los haces y no logre enfocar bien y confunda a Víctor con Birgit y a Bastian con Linda.

Al final, tras un largo sorbo, se decide por esto último. Luego, respira hondo dos veces y se resuelve a amar al prójimo sin condiciones hasta que el oftalmólogo le gradúe bien la vista.

## XXXVIII

En el día de hoy, Bertrán pensó poco o nada. Se tomó un respiro. Después de vagar por las calles, ir al mercado, ver a Bastian y cruzar cuatro palabras con El Tuerto, Bertrán se recogió en casa toda la tarde. Llovía a cántaros y Bertrán tatareaba una canción de cuna de Schubert que, según le dijeron, habla de unos soles que no son.

Y después de tararearla un buen rato, cuando empezaban a cerrársele los ojos, Bertrán se dio cuenta de que en todo el día no había pensado realmente en nada.

## XXXIX

“¿Qué es un hombre sin carne?”, se pregunta Bertrán al tiempo que intenta no masturbarse. Se está lavando los dientes. La pasta sabe a anís y a tomillo. A Bertrán le escuecen las encías. No quiere darse cuenta. Simplemente se calla ante el espejo. El corazón le fustiga un poco. Como una jauría de perros salvajes tumbándose para dormir. El corazón le fustiga un poco mientras Bertrán vuelve a preguntarse: “¿Qué es un hombre sin carne?”. Y ahí sí. Por fin halla una respuesta, aunque algo nebulosa. “Tienes sueño, Bertrán”, se dice. Y luego: “has bebido demasiado”. Y entonces lanza violentamente el cepillo de dientes contra el espejo del baño, se traga la espuma de dentífrico que le quedaba en la boca y bosteza fuerte hasta que le duelen las mandíbulas.

## XL

“¿Qué peso, qué, estoy cargandoo?... Te quise tanto, y sin embargo llovía”.

Suena este bolero en la radio, que Bertrán se olvidó de apagar anoche. Y cuando se da cuenta, ya se ha despertado y no puede volver a conciliar el sueño.

Es cierto que fuera, en la calle, está lloviendo. Y que Bertrán no tiene ni siquiera una gabardina para salir porque la dejó olvidada donde Bastian. Entonces, extrañamente, como si se lamentara, Bertrán oye un gemido que sale de su boca, como una saeta: “Bastian, Bastian, ¿dónde estabas?”

## XLI

Bertrán se da cuenta de que tiene que bajar este ritmo obsesivo que le sacude las sienes. Tiene que bajarlo y lo sabe perfectamente. Tiene que detener este exceso de latidos y empezar de nuevo a pensar correctamente. De modo que se quita la camiseta y los pantalones, deja los zapatos púdicamente alineados al lado del mismo sofá en el que duerme el gato, y procede a hacer el pino contra la pared del salón. El golpe de sus propios pies contra el estucado le sobresalta. Pero ya antes le han sobresaltado muchas otras cosas. Así que deja que le baje la sangre a la cabeza y se le ocurre, de repente, que al día siguiente es domingo y la panadería está cerrada.

## XLII

Bertrán intenta leer:

“Más y más de lo que andan las aves zancudas cuando se hallan a medio camino de vadear el río. El río es ancho y lleva mucha agua. Las aves zancudas ladean la cabeza como si se rieran y con sus picos ganchudos, de un calabaza crepuscular, se picotean los omóplatos unas a otras para darse un respiro.

“El río es ancho, ya se ha dicho. Pero las aves zancudas, aunque ágiles y leves, se demoran en cruzarlo. Y no sólo porque es muy ancho, como dijimos ya antes en alguna parte, sino esencialmente porque gozan al atravesarlo, hundiendo sus patas cuasipalmeadas en el fondo cenagoso o degustando los remolinos de agua y algún que otro crustáceo de paso arrastrado por la corriente.

“Por eso siguen riéndose y picoteándose. Por eso se ríen como nosotros, apostados algo lejos con unos prismáticos en las manos, no podemos hacerlo. Hasta que en el crepúsculo alcanzan la otra orilla y se sacuden las plumas mojadas, hasta que se repliegan sobre sus largas patas fucsia y se adormecen un poco, no sin antes escrutar como cae la noche en el rostro de la luna.”

Ese día, al intentar leer, Bertrán no llega a la última frase. Sus gafas reposan en el suelo, después de deslizarse entre los dedos de su mano caída. Bertrán ya ronca, ya ronca de puro cansancio, o de puro desasosiego, no se sabe bien.

De todos modos, las aves zancudas seguirán ahí durante días, porque no saben volar bien.

## XLIII

Entre una piedra en el zapato, aunque fuera un simple guijarro de feldespatos pulidos, y un estuche de cedro basto, Bertrán nunca hubiera dudado. Pero Linda sí. Linda dudaba siempre. Y qué dudas, las de Linda, grandes como rinocerontes, de bocas anchas como hipopótamos. Aunque de dientes pulidos y redondeados como guijarros.

Quizá después de todo Bertrán se equivocaba. Quizá entre un estuche de pino astillado y un guijarro parecido a un diente de hipopótamo era lógico que Linda se quedara con el guijarro. Y tenía razón.

## XLIV

Hoy, Bertrán vuelve a intentar leer un rato, y elige una novela novísima que le prestó Víctor:

“Anillo Gálvez cruzó las montañas. No tenía prisa. No buscaba brezos ni horizontes, no deseaba conocer los nombres de los árboles ni los gestos de las bestias salvajes. Anillo Gálvez sólo quería andar para oír su propia respiración, y el camino no se terminaba nunca. El camino respiraba como él, como el hijo bastardo de Gonzalo de Acebes, como el único eslabón viviente de un linaje caduco. Anillo Gálvez iba a morirse y lo sabía. Pero necesitaba oír que aún respiraba como el universo, como una hormiga, como un rinoceronte, como un álamo viejo.

“Anillo se detuvo a coger aire. Los pies se le quebraban bajo las piedras, se le

desmenuzaban como arenisca. Pero el paisaje era amplio, infinito. Y Anillo echó a volar.”

A Bertrán no le gustó ese principio. No le gustó nada. Quizá Víctor tiene razón en que Bertrán tiene una cultura de insecto porque tampoco ha leído a Sófocles. Pero la mención de hormigas y rinocerontes es, de lejos, de una novísima desfachatez. De modo que tras leer ese inicio tan poco prometedor, Bertrán decidió apagar el libro y encender el equipo de música.

## XLV

Hoy, Bertrán se ha levantado de buen humor y ha pensado “Hoy me desharé en elogios”. Es cierto que nunca le gustaron los elogios, y menos la perspectiva de deshacerse prodigándolos. De hecho, a Bertrán le desagrada en términos generales deshacerse de cualquier modo o manera, porque lo que sí le resulta difícil día tras día es hacerse y rehacerse. Por eso, Bertrán no entiende por qué a alguien debería ocurrírsele deshacerse en elogios. Hacia quién. Para qué. Cuándo.

El cuándo le ha quedado extremadamente claro. No será hoy ni mañana. Puede que nunca, si la vida no se lo pone demasiado difícil.

Acto seguido Bertrán piensa en la palabra difícil y la dice en voz alta, mirando hacia la

ventana. “Difícil, un día difícil”, dice, arrugando los labios para alargar la i.

Fuera hace un sol a medias y algo de frío otoñal. Pero a Bertrán, lo que en el fondo le parece difícil no es el día en sí, sino su propia persona ensartada en él como por azar.

## XLVI

Ayer en la noche a Bertrán se le acabó el papel. Ahora, tras el primer bostezo de la mañana, le gustaría poder salir a comprar más. Pero el día sigue nublado desde ayer, y es tarde, y aún lleva las zapatillas puestas y no se ha vestido demasiado. Y además, se le ocurre que, de todos modos, hoy no va a necesitar papel alguno.

## XLVII

Hoy, Bertrán se derrenga, se derrama y se deshace. Y se le ocurre que lo que en realidad le sucede es que le faltan unas cuantas prótesis para terminar el día, incluyendo algo de aceite para el muelle que propulsa el bostezo. Algo de aceite, claro. Porque lo cierto es que Bertrán ha estado bostezando incansablemente desde el mes pasado, lo que no es poco.

## XLVIII

Esta mañana, a Bertrán le robaron donde Bastian la bolsa de deporte. No es que Bertrán haga deporte alguno, o que a menudo se pasee con una bolsa parecida. Hoy la llevaba porque pasó la noche fuera. Y de todos modos, aunque la bolsa era grande, en ella sólo llevaba un par de calcetines sucios, ropa interior manchada de algo, unos cuantos pañuelos de papel a medio usar, una bola de papel de aluminio con colillas de tabaco negro, y un libro en francés que Víctor le dio para Bastian con un título algo raro: “Les mythes de Dom Juan”. El caso es que, hasta que llegó a casa, Bertrán no se dio cuenta de que en la bolsa también llevaba un cuaderno de notas que le hacía las veces de agenda y de diario. Y para Bertrán eso sí es un robo con toda regla, con intimidación y perjuicio.

Al final, antes de acostarse, después de luchar contra su rabia esmeralda, Bertrán se ha sonreído pensando que, de todos modos, el

supuesto ladrón no iba a entender nada o que, en caso extremo, iba a aficionarse a la lectura de biografías.

## LXIX

Hoy, tras el disgusto de ayer, Bertrán sí ha creído conveniente compensar su pérdida verbal con algo de lectura. Para ello ha elegido uno de los periódicos sensacionalistas que Bastian tiene para que sus clientes asiduos pasen el rato.

“A pesar de que ya no le quedaban ni demasiados cabellos ni demasiada esperanza, el supuesto infractor B., de cuarenta y tres años, decidió el día de autos acudir al moderno oráculo de Delfos cuya pitonisa estaba, cómo no, ubicada en una página electrónica. Según su propio testimonio, ya antes de entrar en ella, al encausado le resultó insulsa e inimaginativa. Desde luego, no le sedujo como las pitonisas narradas en los textos épicos que, según sus propias palabras, habían amenizado su adolescencia. Y a pesar de ello, decidió probar: con un

impaciente golpe de ratón abrió la pantalla, eligió el menú apropiado, dobleclicó un par de veces más, y se frotó varias veces los ojos para asegurarse de que realmente sus ojos veían lo que veían. Tras esta minuciosa comprobación, el interfecto, siempre según su versión de los hechos, pudo observar a pantalla entera la fotografía de alguien que le había perseguido y determinado desde su propia infancia. Y, tras musitar, siempre según su propia declaración “Adiós Mamá”, procedió a perpetrar su crimen cibernético, hackeando el mencionado sitio web hasta dejarlo irreconocible.”

A Bertrán nunca le gustó demasiado la ciencia ficción. Y la verdad es que entre ese desagradable y pretencioso género literario y el periódico sensacionalista de Bastian no puede decirse que exista una gran diferencia. De modo que, tras leer este breve de la sección de sucesos, Bertrán ha arrugado el periódico entero y se ha sentado encima para amortiguar algo su espera en uno de esos

taburetes metálicos de Bastian de diseño tan moderno como el ciberespacio.

## L

Hoy fue Linda quien le contó a Bertrán una historia inverosímil. “Ayer entré donde Bastian”, dice Linda, “con un libro en las manos, y encontré junto a la barra una pareja de novios en su clásico blanco y negro que estaban siendo filmados por un fotógrafo profesional. Parecía que el fotógrafo había elegido como fondo el viejo reloj de péndulo de Bastian y las baldosas de época, pero que no descartaba un segundo plano bullicioso e informe. Los novios se relajaron y miraron hacia la cámara. Y entonces yo me colé justo detrás de ellos levantando mi libro, con la fantasía de que luego, en el vídeo, en segundo plano, alguien alcanzara a leer mi reclamo publicitario: ‘Amberes, Roberto Bolaño’.”

“Singular reclamo”, le dice Bertrán, sintiendo que Linda espera algún tipo de comentario por su parte. “Muy singular *indeed*”, le replica Linda, guiñándole un ojo. Y Bertrán le pide a Bastian otra ronda para disimular y porque

sabe que Ronald sí habría hallado las palabras adecuadas.

## LI

Hoy, a Bertrán le han entrado ganas de vomitar. A Nadia, la gran meretriz del mercado, la tetuda que se viste con ropas de vedette y anda con los párpados permanentemente entornados, le ha dado por hacer muecas delante de sus propias narices mientras Bastian le servía un fino. No es que Bertrán la estuviera mirando o hubiera intentado entablar conversación con ella. Nadia se la tiene jurada desde hace tiempo, por todo o por nada, nadie sabe. Bertrán se imagina que a sus ojos, Bertrán es un ser informe, anodino o espeluznante, según los días. Y por eso se dedica a ponérsele delante, a unos pocos centímetros, y cuchichear a oídos de todo el mundo y de nadie en concreto los horribles defectos de Bertrán.

Bertrán sabe que las náuseas que han estado sacudiéndole el estómago desde la mañana no son más que un ataque biliar e inevitable de ira, de un ira azul añil como la de los

monjes budistas, que a menudo logran combatirla arrebujiándose en sus túnicas azafrán para que las ondas cromáticas del añil no les obliguen a vomitar el poco alimento que por caridad pudieran haber ingerido. Luego, al caer la noche, todo se calma, y las iras vuelven a sus cauces, y la luna las apacigua. Y entonces, al igual que los monjes budistas, Bertrán se pertrecha en el sofá con una buena dosis de pañuelos desechables y da rienda suelta a su reverso iracundo, una lacrimosidad áspera y amarilla en la que escupe una y otra vez, sollozando y maldiciendo, el nombre de Nadia.

Y con ésta, ya van tres veces en el mismo mes que, pese a haberse propuesto lo contrario, Bertrán no logra controlar sus crisis de llanto.

## LII

Hoy, Bertrán ni suspira ni ensueña. Acaso se le ocurre que debe llevar su viejo par de zapatos al remendador y que tiene que renovar su discoteca con una versión algo más decente de sus *impromptus* preferidos de Chopin. “Pero eso son actos”, piensa Bertrán, “son actos, acciones, hechos. Y es bien sabido que de los dichos a los hechos hay muchos trechos.”

Bertrán se sonríe para sí como una lagartija. Aunque a muchas lagartijas les gustaría tener la sonrisa amplia y blanca de Bertrán, que afortunadamente nunca ha tenido que gastar nada en ortodoncia.

De repente ese pensamiento le complace y le sosiega. Porque si ahora mismo tuviera que gastarse los ahorros en ortodoncias, no tendría ni para remendarse los zapatos ni

para comprar una versión decente de sus  
impromptus de Chopin preferidos. Y no se  
puede negar que, por lo general, en la vida  
hay prioridades y prioridades.

De modo que, para celebrar su buena suerte,  
Bertrán deja los zapatos y Chopin para  
mañana y se sirve una generosa dosis de vino  
espumoso.

### LIII

“¿Cuántos días tuvieron que andar los ángeles para recorrer el Paraíso?”, recuerda Bertrán. Ésta, si mal no recuerda, fue la última pregunta que su abuelo le hizo al oído antes de fallecer, hace ahora muchos años. Sin duda, la violencia y tensión del momento debieron de hacer que Bertrán almacenara la frase en un lugar muy profundo de su ser, pues no ha vuelto a acordarse de ella hasta esta mañana.

Esta mañana, en la radio, Bertrán ha oído que un político famoso que gusta de citar pasajes bíblicos decía “¿Cuántos días hubieron de andar los demonios para reconocer la Tierra?”. Y acto seguido le ha venido a la mente la frase póstuma de su abuelo, póstuma porque el único en recordarla al cabo de casi diez años ha sido Bertrán, quien fue también su único testigo. Porque lo cierto, recuerda también Bertrán, es que las palabras

nunca tuvieron sentido salvo para ser oídas por alguien.

Eso no lo dijo su abuelo, sino un sacerdote algo rancio al que Bertrán tuvo la mala fortuna de conocer en su infancia, cuando su hermano mayor hacía de monaguillo.

Este sacerdote quizá fue la causa primera de que, durante el resto de su vida, Bertrán sintiera una furibunda aversión hacia los sujetos con sotana. Pero ahora, de repente, al recordar la frase, Bertrán siente que se ha reconciliado con el sacerdote para siempre. “Acaso”, se dice Bertrán repentinamente conmovido, “si en lugar de estar yo junto al abuelo hubiera estado el Padre Damián, le habría respondido a su pregunta con las palabras justas”.

Claro que si las palabras nunca tuvieron sentido salvo para ser oídas, lo mismo le

habría valido al abuelo lo que Bertrán le contestó: “Duerme, abuelo, que ya es tarde.”

Bertrán se encontró con Carmen donde Bastian. Sin mediar ni hola ni ciao, Carmen se sacó una hoja manoseada del bolsillo de su única chaqueta desastrada y le recitó a bocajarro: “Al grito de ‘*aus*’, seiscientos mil blindados hendieron la nieve.”. Luego se detuvo un instante como si quisiera coger aire, lo que no era el caso, y ante la mirada atónita (atónica) de Bertrán le preguntó: “¿Crees que es una buena frase para iniciar una novela?”

“Oh, no”, pensó Bertrán para sus adentros “ya está Carmen otra vez plagiando los personajes de las novelas de John Miles. No, por favor, que no me persiga con semejantes astracanas.”

Pero acto seguido, como si hubiera hablado otra persona, su propia madre, o su

doppleganger, Bertrán oyó su propia voz diciendo, con una sonrisa falsa de pura hojalata: “Genial, Carmen, de verdad. ¿Tienes más?”.

Carmen se extrañó considerablemente, y para disimular, hizo como si se sonrojara y sacó un pliego de cuartillas ovilladas del bolsillo de sus pantalones de tweed. “Claro”, dijo Carmen. Y seguidamente procedió a una lectura dramatizada de sus mejores primeras frases de novelas de alto voltaje:

“El niño se levantó y, sin dejar de hurgarse la nariz, miró por la ventana, como había estado haciendo desde que le encerraran en el cuarto de la plancha.”

“Para contar árboles hacen falta dos pares de ojos: uno para enumerarlos, y otro para registrar su nombre en la memoria volátil.”

“Yo nací en un lugar que nunca tuvo nombre. El lugar se llamaba Nunca, y yo fui bautizado en consecuencia.”

“Corrían los tiempos de los ratones, y entre roedor y roedor, los gritos de los perros ensordecían el aire viciado de Monte Dios, la principal ciudad de la provincia de Santa Rita.”

“Y ahora escucha esto”, añadió Carmen después de una pausa dramatizada de efectos retardados, “una selección de frases prácticamente asindéticas elaboradas con palabras mono y bisilábicas.”

“¿Es esto otro principio?”, inquirió Bertrán, que a estas alturas experimentaba un desconcierto francamente insólito.

“No. Escucha, Bertrán”, repitió Carmen, comiéndose ya las sílabas:

“El día fue de lo más. De lo más que nunca.”

“Dos hombres y dos gestos. Dos vasos, dos manos, dos cuerpos, y un solo adiós.”

“Sé que fui tú en otro tiempo, en otra tierra, y tú fuiste yo y el búho latía, la fronda gemía, y tú me diste un golpe en las nalgas.”

“Genial,” repitió Bertrán por segunda vez, toda una concesión dada su natural parquedad en elogios. “Genial”, volvió a decir con el desconcierto pintado en los labios, fruncidos como si le hubiera dado un cólico repentino. Y antes de que Carmen le alcanzara con un abrazo o con más palabras sin sentido, Bertrán se zafó por la puerta del almacén de Bastian.

“Pedro no sabía dónde había puesto las llaves”, le dijo Bastian a Bertrán en la mañana más fría del año. “Por eso te llamó de madrugada. Lo raro es que no cogieras el teléfono”, concluyó Bastian, con una mirada interrogativa que dejaba traslucir una franca desaprobación. Pero a Bertrán ni se le ocurrió intentar responderle. Pedro no era santo de su devoción, ni siquiera a pesar de la intimidad que habían compartido en el pasado, o justamente a pesar de ello.

Pero sobre todo, lo que Bertrán no quería que Bastian supiera era que, efectivamente, no había cogido el teléfono pese a haber estado con los ojos como planetas a esa hora, pese a que tenía el teléfono justo al lado, en la mesilla auxiliar del salón, debajo de algunos montones de partituras. Y es que le avergonzaba tener que confesarle que, por enésima vez, le había despertado un ruido parecido al que harían unas baldosas

intentando levantarse del suelo, y que tras pasar más de tres horas en el salón vigilándolas con la excusa de recontar las teclas su impromptu preferido de Chopin, sus tres baldosas no se habían movido ni un ápice y Bertrán había terminado como siempre, con los ojos enrojecidos y maldiciendo a la madre que las parió.

## LVI

Cynthia lucía un extraño vestido verde loro aderezado en la pechera con lentejuelas del mismo color. Así se la encontró Bertrán cuando bajó a desayunar, antes de ir a correos a mandarle una carta a Pedro.

Donde Bastian, todos hacían como que no la habían visto. Nadie le hizo siquiera un comentario jocoso o le preguntó por sus lenguados.

Bertrán fue la única persona en todo el local que se le acercó y le habló con total normalidad. Y pese a que no le gustaba reconocerlo, lo había hecho únicamente para olerla. Y había constatado que, a pesar del corte impecable de su vestido, de su peinado cuidadosamente lacado, de sus pendientes y de su bolso y zapatos a juego con todo el resto, incluida la sombra de ojos y el color de

las uñas, el perfume dulzón de lilas que Cynthia no había escatimado para la ocasión no conseguía cubrir su penetrante olor a pescado fresco.

Sin embargo, el gesto de Bertrán no obedecía a ninguna motivación mórbida o cruel. Había un motivo mucho más sencillo y mucho más inconfesable: a Bertrán, el olor a pescado de Cynthia le daba una seguridad metafísica en la inmanencia de las cosas, una especie de sosiego intrauterino que por esa época hallaba en bien pocas cosas.

## LVII

El clavicembalista, es de todos sabido, está obsesionado con la posibilidad de que de repente una de las teclas de su clavicémbalo de época salga despedida hacia el techo. El clavicembalista es pulcro, exacto, ceremonioso.

Las luces se apagan y sale a escena. Se acerca al taburete, que como el clavicémbalo, se hizo traer por correo pesado desde su país, en un costoso embalaje ignífugo, y tras alinear soporte e instrumento en una precisa recta paralela, comprobando en una ojeada que las cuatro patas de uno y de otro se hallan firmemente asentadas en el suelo, procede a sentarse no sin levantarse antes la cola del chaqué.

Bertrán está ahí cuando el clavicembalista comprueba el parquet con un leve golpe de

tacón. Y también cuando planta sus pies firmes, coloca los brazos en escuadra y yergue la frente para que la barbilla dibuje un ángulo obtuso con el teclado. Bertrán intuye que entonces, el clavicembalista esboza un suspiro que parece un conjuro. Y justo cuando posa sus dedos encima de las teclas mayores del clavicémbalo, cae el lustro.

## LVIII

“me gusta el son, pedrito  
me voy, ya me voy,  
llevando mi son a cuestras  
me duermo y ya no soy”

Bertrán oye un son en la radio. Apenas lo oye, a pesar de que desconoce las palabras “me gusta el son mamacita, me gusta el son nada más”, a Bertrán le llaman las caderas, las rodillas se le sacuden, se quita los zapatos, se estremece, y empieza a bailar con un taconeo frenético. De repente se sobresalta: algo no va. Con los pies descalzos, los dedos repiqueteando. Algo no va. Con el pelo enmarañado, los sobacos algo sudados, los muslos a punto de reventar. Algo no va. “me gusta el son caballero, me gusta el son, mamá”. Bertrán temblequea y se sacude. Algo no va. Mira para un lado, mira para otro y no ve a nadie. No hay nadie. Nunca hay nadie.

Bertrán, qué te pasa. Bertrán, cómo te va.  
Mira para el techo mira a la izquierda, mira a  
la derecha. Algo no va.

Bertrán se sacude, se sobresalta. Algo no va.  
“me gusta el son caballero, me gusta el son,  
mamá”.

## LIX

Bertrán se arrancaría el pelo –si no fuera porque tiene poco, cada vez menos-. Se acaba de dar cuenta de que Montano, el vecino de arriba, ha decidido hacer obras. Y como no tiene mucho dinero, justamente ha decidido hacerlas durante el fin de semana, de siete a siete. Ni siquiera la maldición bíblica precisa con tal exactitud una hora tan temprana. Y a Bertrán le pesa el ruido de los mazos y los taladros. Pero sin duda lo que más le pesa, más que el ruido y el polvo –el ruido y la furia- es que no podrá contar con precisión las teclas de Chopin o Bach. Y aún podrá menos oír con detalle el siseo sutil y sordo de las tres baldosas al levantarse.

Y es que según sus cálculos, que le han llevado varios meses de práctica de una ciencia matemática que tenía totalmente oxidada, las tres baldosas deberían manifestarse de manera definitiva entre mediados del mes corriente y mediados del

mes próximo, que es precisamente cuando Montano terminará sus obras según notificación oficial, timbrada y sellada, a la comunidad de vecinos.

A Bertrán le entran aún más ganas de arrancarse los pocos cabellos que luce su cráneo maltratado, porque según sus más que rigurosos cálculos, la próxima ocasión en que deberían manifestarse las tres baldosas desencajadas del salón cae aproximadamente entre mediados de marzo y mediados de abril del próximo milenio, una fecha en la que es más que probable que a Bertrán ya no le quede ni un solo cabello que arrancarse.

“Sic transit gloria mundi”, pronuncia entonces Bertrán, con los acordes desafinados del Mesías de Handel. Y acto seguido, en lugar de hacerse un jaraquiri, Bertrán no puede evitar infringir una vez más su código de conducta interno y estallar en un llanto sincopado, fúnebre y desesperado como el aria de María Magdalena.

## LX

El año en que vio por primera vez el mar, Bertrán aún tenía una edad demasiado temprana para poder distinguir sus colores, por lo que entre esa edad y la edad de la razón, que tardó bastante en llegarle, Bertrán vivió creyendo que el mar era una extensión infinita de tinta de calamar.

Sin embargo, durante todos esos años, lo que a Bertrán le extrañaba sobremanera no era que los calamares tuvieran tinta, sino que no la acabaran de tener del todo ni los rodaballos ni los centollos. Aunque también es cierto que de todas estas otras especies marinas, Bertrán no tuvo conocimiento hasta bien entrada su adultez.

## LXI

Bertrán no dice nada. Y al no decir nada lo dice todo. Bertrán ha estado escuchando a Claude en la barra, ante unas cervezas bien escanciadas. Y al escuchar (o intentar escuchar) a Claude, se le ocurrió que Claude tiene respuestas, tiene palabras. Y Bertrán se quedó resistente en un paso inducido por la palabra del otro. “Nunca son las palabras dichas las que nos subyugan.” Se dice Bertrán, recordando la voz de Claude para sus adentros. “Nunca son las palabra halladas bajo una pila de carbón fresca, arrancada a las entrañas de la roca. Nunca son las palabras excavadas, o halladas como tesoros. Las únicas palabras que nos hablan como lanzas en el costado siempre son las que oímos, las que alguien dijo aparentemente al azar, las que nos atravesaron los oídos como flechas, con el fulgor de una punta de lanza acerada, de una punta de sílex tallada a la lumbre del misterio.”

“No tengo palabras”, se dice Bertrán entonces, escrutándose varias muelas empastadas en el espejo empañado por un vaho otoñal. “No tengo palabras. Y las pocas que tengo no me gustan”, masculla Bertrán para sí vaciándose una espinilla de la punta de la nariz. Y luego, tras este breve gesto quirúrgico, Bertrán se dirige hacia el salón y ve las baldosas boquiabiertas, roncando apaciblemente bajo la luz espectral de la luna. Y entonces abre un diccionario cualquiera por la S y empieza a buscar una palabra que le sorprenda, que le sacie, que le sostenga, que le sacuda. Y no encuentra ninguna.

Luego Bertrán se deshincha, se contrae, y se echa en una posición claramente fetal en la cama desordenada. “Desmerezco el habla a veces”, farfulla Bertrán, acariciando al gato azul hundido en la almohada. “Desmerezco el habla”, repite Bertrán, por si fuera poco. Y luego se calla por fin y se duerme.

## LXII

Cabría esperar que Bertrán -que como ya se ha dicho gusta de escuchar sonidos varios, aparte de los ausentes de sus tres baldosas desencajadas- pudiera también esbozar de vez en cuando algún que otro pensamiento coherente, o recontar alguna que otra vivencia puramente anecdótica. Pero lo puramente anecdótico que suele sucederle resulta anodino de contar, y lo propiamente excepcional es bastante embarazoso de referir sin entrar en detalles escabrosos.

Porque lo cierto es que Bertrán tiene no una, sino varias fijaciones estáticas que le conducen a ejercer actos de lo más variopinto. Para citar sólo uno de tantos: a Bertrán le fascina el movimiento tembloroso y levemente impúdico que dibuja en las hojas de sus geranios la brisa de la tarde. Y así, se puede pasar un tiempo exageradamente dilatado con la mirada fija en esa ondulación, sin preguntarse si, mientras su mirada se halla así detenida, el mundo sigue girando o

deja de hacerlo por los mismos motivos, esto es, por la levísima sincronía de un movimiento celeste igualmente perturbador.

## LXIII

Bertrán corre una cremallera como si corriera un velo, pinzándola entre pulgar e índice con celo y dolo, como si temiera ver surgir de este nuevo espacio calado –la apertura, el hueco, la sima, el seno-, como si temiera ver surgir de este nuevo espacio creado bichas tricéfalas, monstruos y gárgolas.

Pero no sucede nada. No aquí, en el instante mismo del gesto, en la biografía limpia e incisiva de Bertrán.

Puede que en alguna otra parte sí. Puede que muy lejos, en un instante dispar, el gesto de Bertrán al abrir la cremallera haya desatado un sollozo estridente, o el coronamiento de un niño a punto de nacer.

Puede que, ajenamente y a su pesar, ese gesto haya sido, sin serlo realmente, simultáneo a la bofetada perpetrada por un torturador, o al vómito de una enferma de cáncer.

Pero Bertrán no puede saberlo. No puede saberlo. Y aún...

Bertrán detiene de pronto la mano. La detiene y se retiene. Cuenta hasta treinta y siete por dentro. Y luego vuelve a intentar desatascar la cremallera, que sigue resistiéndosele, como si supiera.

## LXIV

Bertrán, hoy, de repente, se pintaría un par de bigotes caracoleados, largos e intrincados, como para coronar algo: un trecho del camino, un día de lluvia, un silencio inédito. Algo que le envuelva sin prisa, sin manifestarse –al igual que por el momento tampoco se manifiestan las baldosas.

La asociación repentina entre los bigotes y las baldosas le hace esbozar un mohín nuevo, algo así como la sonrisa de un impúber. Y entonces ensaya un gesto distinto: un gruñido, frunciendo los labios, forzando los dientes –incisivo, colmillo, canino, puñal.

## LXV

Bertrán piensa en qué orden se ha equivocado. Porque lo importante no es saber dónde se equivoca uno, sino en qué orden, en qué.

Por eso, cuando Bertrán se equivoca, se detiene largo tiempo, quizá demasiado, en recomponer el orden exacto de los acontecimientos, en deshilvanar minuciosamente la precedencia y sucesión exacta de palabras, gestos y detalles. Hasta que por fin llega un momento en que exclama: “Ah”, porque ha logrado identificar el hueco exacto, el dato borroso, equívoco, pernicioso. El lugar preciso que, cual tumor, indica el orden del error: su categoría, su antes y después, su esencia.

Y entonces Bertrán se relaja, suspira y se relaja. Dobla los brazos detrás de la nuca,

estira las piernas, enciende un habano y vuelve a exclamar: “Ah” al tiempo que piensa que el orden es la madre, la madre, la madre de todos los males. Y que la clave de todos los problemas es saber cuándo fue su génesis.

## LXVI

Si hubiera habido un momento de sosiego, sólo uno, Bertrán lo habría notado: le habría saltado a la vista que ballenas y delfines no comparten demasiado parentesco, en cualquier caso mucho menos que el plancton y el krill.

Pero Bertrán ha divagado demasiado para poder detenerse en estas minucias, en estas menudencias.

Y entonces, como el cansancio le puede, se inventa una cadena de palabras para conciliar el sueño: menos, menor, menudo, menudencia, minucia, minúsculo, mínimo, inexistente.

Y con la nada Bertrán alcanza una pantalla en blanco, con un ligero murmullo de estática, y

se duerme. Cae en la sima del sueño y se duerme, queriendo roncar incluso, aunque en verdad nunca ha sabido hacerlo.

## LXVII

“¿Quiere usted plantar coles, su señoría?”

A Bertrán le viene de repente a la mente esta frase inicua, pronunciada seguramente por un ser próximo al coma etílico en un arranque de cordura o lucidez, en un arranque de desazón profunda como la que le sobreviene a quien no ha dormido bien durante demasiados días y anda escaso de sueño y sabe que sí, que antes –como un siglo antes, incluso- cuando dormía, tenía nombre y apellidos, y un domicilio social, y algo parecido a una familia, aunque ausente, e incluso, apurando mucho, el recuerdo vago de una ocupación, siquiera anodina que le permitía decentemente levantarse, y luego dormir.

Todo eso –y algo más, aunque poco trascendente- le viene a Bertrán a la cabeza

mientras tiende la colada, olvidándose por un momento de la ropa interior desvaída y del jersey agujereado y los calcetines raídos.

Y se le ocurre a Bertrán que quizá desee dignificar su pensamiento, ese flujo de ideas inconexas, para oponerlas a los agujeros múltiples de tanta ropa ajada, de rango y alcurnia ya muy rancios.

Y en otro arranque momentáneo, de rebelión o de justicia, coge Bertrán al azar un calcetín desperejado y lo tira por la ventana al tiempo que dedica los pocos segundos de ese vuelo mágico a intentar definir la parábola irregular e imprevisible de ese calcetín súbitamente repudiado –o manumitido, según- y no puede evitar –no puede evitar- compararlo con la trayectoria también errática y azarosa de su propia vida.

## LXVIII

A Bertrán se le eriza el vello del antebrazo y de los muslos simultáneamente, y le recorre un escalofrío más helado que frío, con bruma incluida.

A Bertrán se le acelera el pulso en algunas partes sólo: en las plantas de los pies, en las puntas de los dedos y en las ingles, como si se estuviera librando en su cuerpo una batalla regular, perfectamente coreografiada. En su cuerpo y más lejos, en otro lugar, en alguna otra parte de esa misma parte. Desde luego no en Bertrán, de Bertrán e hijos, no. Ni tampoco en Bertrán sin nombre, sino algo así como el atisbo o la premonición de una revelación vital, inalienable.

Y en ese momento Bertrán suspira hondo y se termina la segunda mitad del bocadillo de

pollo con mayonesa que se preparó con cariño por toda cena.

## LXIX

Bertrán aún no sabe que hoy, hacia las cuatro de la madrugada, forzosamente nacerá alguien. Bertrán no se ha detenido a pensar quién, ni cómo ni dónde, hasta que de repente cae en la cuenta de que, efectivamente, la hermana de Cynthia podría estar de parto a esa misma hora.

A Bertrán, esas y otras ideas parecidas le asaltan de repente al oír el llanto ácido y punzante de un bebé ascendiendo por el patio de luces a una velocidad incomparablemente mayor a las de las manos que tocan las teclas de Chopin de cuyo recuento se convertirá pronto en incuestionable especialista.

Bertrán no sabe. Bertrán suspira, y tras suspirar, se saca un par de tapones del bolsillo de los pantalones y se los hunde en

los oídos con un gemido de placer hasta que alcanzan el límite del yunque.

## LXX

Bertrán podría decir quizá que en los últimos tiempos ha sido presa de una profunda transformación, acelerada sin duda por el persistente hormigueo que le recorre las ingles y por una sensación acuciante de no saber dónde posar la mirada.

Bertrán sabe perfectamente que su vuelo hacia otras realidades más perentorias le había obligado últimamente a intentar en vano alguna caída libre, incluso alguna pirueta en exceso arriesgada.

Bertrán no sabe. Por eso no vuela demasiado alto.

## LXXI

Hoy Bertrán escribe que no sabe que un día iba a escribir así, sin motivo ni sentido alguno, sólo para comprobar que no ha perdido el hábito de redondear las letras como le enseñaron en una infancia ya muy lejana, sólo para comprobar que recuerda cómo se escribía zapato, higo y azahar. Sólo eso, evitando una posible ortografía equívoca. Y a medida que va escribiendo, Bertrán recupera otras palabras que le apetecen, que se le aparecen como si hubieran permanecido largo tiempo sepultadas, aletargadas, desaparecidas del camino.

El camino. El camino.

De repente, en la refriega, en medio del roce del bolígrafo resbalando con una lubricación perfecta encima de un papel algo ajado,

Bertrán se da cuenta de que se le había olvidado el camino.

El autobús está lejos. El papel se arruga. Las calles empiezan a desvanecerse del reconocimiento. Y Bertrán recuerda que se ha olvidado del camino.

“Hay que continuar andando”, se dice Bertrán entonces. “Hay que continuar andando”. Y con el clic escueto del bolígrafo, Bertrán se levanta y echa a andar hacia alguna parte.

## LXXII

Hay que recordar dónde ponen los pies las raíces, se dice Bertrán mientras espera el autobús. La asociación es fácil: una espera larga, la lluvia y el autobús lento, lento.

Bertrán se impacienta un poco, no mucho. Y luego se le enciende esa bombilla, la de la asociación, y se exige por un momento ese recordatorio breve: “Hay que recordar *dónde* ponen los pies las raíces. Y hasta cuándo.”

## LXXXIII

En una súbita sacudida de electroshock, Bertrán se levanta de la cama y corre al salón. Sin siquiera abrir la luz, levanta las tres baldosas del salón y sufre un síncope momentáneo, breve pero demoledor.

Bertrán lo ha encontrado. Por fin ha encontrado su verdadero nombre. Su nombre verdadero y completo.

Y entonces empieza a pronunciarlo en voz alta, degustándolo, al tiempo que dibuja unos osados pasos de baile encima de la alfombra: Leda María Bertrán Guáriz. Leda María Bertrán Guáriz. Leda, Leda. Leda María Bertrán Guáriz.

Y dicho esto, sube el volumen al máximo para que Chopin fecunde la casa.